

DIARIO DE CORDOBA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE, DECANO DE LA PRENSA CORDOBESA

Director propietario: D. Manuel García Lovera.

FRANQUEO
CONCERTADO

TELÉFONO 184

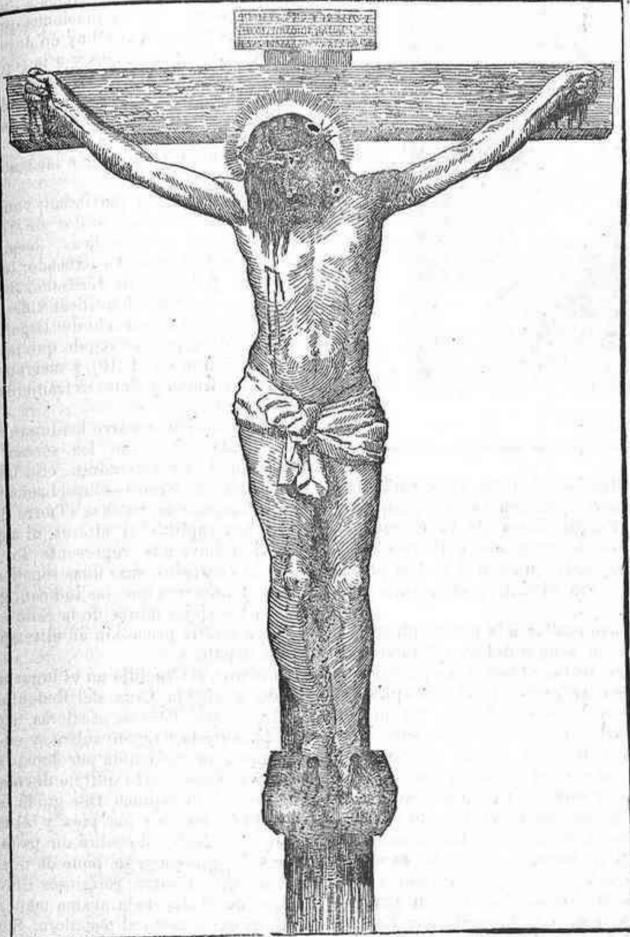
NÚM. 19.600

Subscripción en Córdoba.	Por un mes.	2 Ptas.
	Trimestre.	6 »
Resto de España	Trimestre.	6 »
Extranjero.		10 »

VIERNES 10 DE ABRIL DE 1914

Los señores suscriptores tienen derecho a insertar gratuitamente en la cuarta plana un anuncio o comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su interés exclusivo.

AÑO LX



La Crucifixión

EL MARTIR

Tres años después que Juan Bautista hizo oír en el desierto este misterioso aviso: «Preparad la vía del Señor; hé aquí el cordero de Dios», después del medio día del décimocuarto de Nizán, víspera de la gran fiesta de la Pascua, tres horas, seguidas de soldados y de pueblo, se dirigen a una colina próxima a Jerusalén. Dos criminales vulgares acompañan en la muerte vergonzosa de la cruz a un hombre que toda la santa ciudad ha honrado, algunos días antes, con un pomposo y pacífico triunfo. ¿Quién es este hombre? ¡Horror! Es el doctor admirable, de quien se ha dicho: «Jamás nadie ha hablado como él»; es el taumaturgo bienhechor que libraba a los poseídos, curaba a los enfermos y resucitaba los muertos; es el dulce profeta que ha llorado por las futuras desgracias de su patria—¿Qué crimen ha cometido?—Nirguno. Absuelto por la justicia, es crucificado por la cobardía.

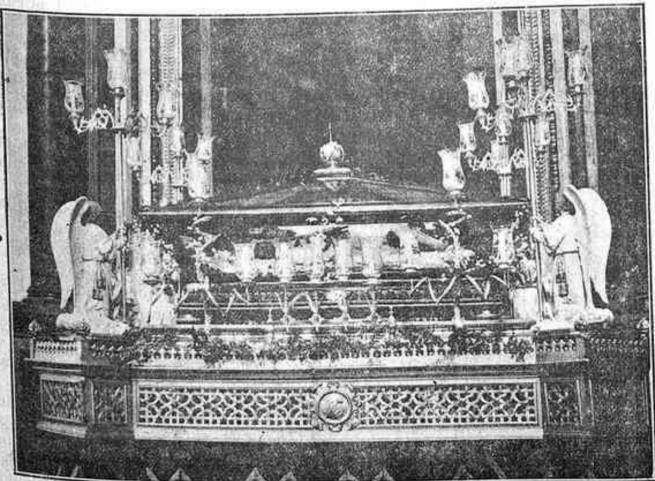
Pero, en fin, ¿por qué está clavado como un ladrón sobre un madero infame?—Para dar a la verdad el supremo testimonio de su sangre. Es un mártir, es Jesús, el rey de los mártires.

Desde los primeros días de su predicación, los fariseos, los sacerdotes y los príncipes del pueblo, celosos de su divina elocuencia y de su prodigioso poder, resolvieron perderle. Pero en vano le cercaron de agentes provocadores para sorprenderle en sus discursos: el profeta penetraba sus pensamientos y no dejaba jamás de confundirlos; en vano ensayaron contra él la violencia brutal: el taumaturgo se disimulaba a sus miradas, o atravesaba, tranquilo e inviolable, las importantes masas que ellos habían reunido. No fué sino cuando Jesús pronunció estas palabras: «Mi hora ha llegado: dejó el mundo y vuelvo a mi Padre», cuando pudieron ejecutar su execrable proyecto.

El Evangelio nos los muestra delibe-

rando, armando sus lazos y terminando la traición de su Apóstol. La fiesta de la Pascua ha debido traer aún una vez a Cristo a Jerusalén: lo saben y bien pronto sus soldados y sus criados se aprestan para ir a cogerle en el jardín solitario, donde se ha retirado para orar. Judas está con ellos y los conduce. Las tiernas advertencias de su maestro no tienen fuerza sobre este corazón enfurecido: entrega por un beso péfido a aquel de quien no ha recibido sino beneficios. La señal está dada: la cohorte se apodera de Jesús, le atan como a un criminal y le llevan al tribunal de los pontífices. Allí, durante una larga e infame noche, el odio multiplica las iniquidades. Anás el astuto, Caifás el violento, se suceden por probar al justo crímenes que no ha cometido. Se alejan de él los testigos que podría invocar: se sobornan falsos testigos que alteran su palabra; se esfuerzan en intimidarle por la amenaza, la injuria o la violencia: todo es inútil. El tribunal ansioso y desesperado no puede hallar ningún agravio que motive una sentencia. Avergonzado hasta la rabia de tal impotencia, se levanta el gran sacerdote, y despreciando la ley que prohíbe forzar al acusado a acusarse él mismo, exclama: «Yo te conjuro, por el Dios vivo, a que nos digas si tú eres el Cristo hijo de Dios». Jesús responde: «Tu lo has dicho, y lo soy. ¡Ego sum!» Jamás la justicia, ni la tierra entera habían oído una palabra semejante. Sin embargo, se la esperaba, porque apenas fué pronunciada, cuando el gran sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado: ¿qué más necesidad tenemos de testigos? Vosotros habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?» Y todos dicen como él: «No tenemos necesidad de más testigos, su boca testimonia contra él.—¿Qué hay que hacer?» pregunta Caifás: todos responden: «Es digno de muerte». Reus est mortis.

Fr. S. M.
O. P.



El Santo Sepulcro, que figura en la procesión del Santo Entierro en Córdoba.

LA PASION

Notas fac Jerusalem, abominaciones suas.—(Ezech., XVI-2.)

I

Serena estaba la noche, mansa, apacible y callada, y la luna plateada, cual lámpara funeral, velaba en turbios reflejos las negras sombras del mundo muerto, en silencio profundo cual nocturno criminal...

II

Ni un rumor en el espacio, ni en la tierra un leve ruido, ni un ave con su quejido la noche turbar osó; y cual vasto cementerio de enlutados panteones con amplios negros crespones la creación apareció.

III

Envuelta en téticas sombras se ostenta Salem impura cuya cobarde bravura al Justo intenta matar, abandonando el recinto traidor, sacrilego, osado cuando hoy Jesús apenado va al Huerto del Olivar.

IV

Allí postrado en la tierra la sangre divina vierte y un frío sudor de muerte y una agonía cruel, y tristeza despiadada temor, e inhumano duelo acometen sin recelo a su Víctima en tropel.

V

En tanto a la granja llegan Judas y sus foragidos dando voces y alaridos atravesando el Cedrón, y con hachas y linternas pasan luego las colinas de Moriah y Ofel vecinas y el alcázar de Sión.

VI

Y en Getsemani sombrío entra el tumulto medroso, y Judas facineroso con ósculo criminal, besa al Maestro en la frente y a esta pérfida consigna apresa a Cristo, maligna la fiera turba infernal.

VII

Con gritos y mil denuestos, con gran algazara y bulla conduce la vil patrulla a su Rey hacia Salem; y con bando calumnioso a la voz de pregonero recibe al manso Cordero la ingrata Jerusalén.

VIII

Allí los jueces inicuos condenan al Inocente como osado delincuente y violador de la Ley, le azotan, le abofetean y con corona de espinas cercan sus sienes divinas y escaracen a su Rey.

IX

Y uza cruz en sus espaldas como noble principado o cual patibulo odiado le impone el pueblo cruel y en la cumbre del Calvario, entre dolores de muerte enclavado en él e inerte le ofrecen amarga hiel.

X

Corre la sangre divina del cuerpo despedazado que en la cruz ajusticiado expira cual vil traidor, y de dolor se conmueve la tierra en sus fundamentos, tiembla el mundo en sus cimientos con insólito pavor.

XI

Se estremecen las montañas, se hieden las altas breñas, se quiebran las duras peñas y la luna se trueca en sangre, el sol se viste de duelo y flébil enluta el cielo su luciente pabellón.

XII

Todo en la tierra es quebranto; en el espacio tinieblas, en el cielo negras nieblas y horror en la clara luz; reina espanto en el infierno de Cristo viendo la suerte porque triunfó de la muerte muriendo muerte de Cruz.

XIII

Piedad imploro y clemencia porque no soy inocente y le ofendí delincuente más que Dimas el ladrón, por eso hoy lloro conrito al pié de la Cruz postrado y pido en llanto anegado piedad, clemencia y perdón!

Bernardo Bacáicoa Turiso,
Capellán de la Prisión.



La Virgen de los Dolores, que figura en la procesión del Santo Entierro en Córdoba.

LA MAGDALENA

En la escarpada cumbre del Calvario llora junto a la Cruz la Magdalena, pues de acerbo dolor, de horrible pena su herido corazón es santuario.

Allí, en medio del monte solitario, sobresale cual nítida azucena que con su aroma los espacios llena y sirve a los vergeles de incensario.

Su cabellera, que a los vientos flota como un rayo de sol limpio y fulgente, besa humilde los piés del Nazareno.

Y al par los baña en el raudal que brota de sus ojos, purísimo torrente, de amor divino y de ternura lleno!

Ricardo de Montis.

LA SAETA

Por la calleja estrecha y tortuosa, aromada de misterio, y entre las ingravidas luces de los cirios, pasa el cortejo.

Va la Dolorosa nimbada de luz, cargada de joyas. En el oro de su manto resplandece la fe de los devotos. Un rictus de amargura vaga por el rostro, sin descomponer su belleza ideal, y de sus ojos, suavemente unidas las negras pestañas, lágrimas tranquilas resbalan infiltrando en los creyentes una sensación de íntima pena.

A ambos lados de la imagen, una doble cuerda luminosa asciende y se aleja entre la gente...

La ciudad está triste; como aletargada ante la rememoración de la tragedia Divina. Sobre la calle silenciosa, bajo el cielo estrellado, el viento acalla sus rumores.

De pronto, surge una voz de mujer. Una voz suave, henchida de sentimiento, tan hermosa y elocuente, que un momento revolotea por las misteriosas estrecheces de la calle, gime estremeciendo los corazones y parece que se deshace en llanto.

Al maravilloso conjuro de la voz femenina, párase el cortejo lleno de emoción; en mil facetas se encienden los cris-

tales de las lámparas que alumbran la imagen. Como si el aliento de esta voz llegase temblando hasta la Virgen, muévense las joyas de su pecho, y en los divinos ojos entornados por el dolor parecen temblar nuevas lágrimas.

Después se va apagando la voz lentamente y cuando las últimas notas de la saeta escapan por entre los anchos aleros morunos, el cortejo del dolor reanuda su marcha.

Allá, en lo alto, entre las flores de una ventana, la cantadora contempla cómo la Virgen de los Dolores se aleja, rebrillando su manto de oro a las luces de los cirios...

Es una muchacha enlutada que, pálida de emoción, con los ojos muy abiertos, sigue a la imagen; y en estos ojos—rasgados, negros y penetrantes—en los que reverbera la llama de un amor sentido, cual en los de otra dolorosa, brillan las lágrimas...

A. Fernández Fenoy.

LA SAETA

Es noche que el dolor ha consagrado, noche en que se recuerda la amargura de aquella madre, ejemplo de ternura, que miró al hijo-Dios atormentado.

La procesión avanza, un prolongado y confuso rumor sube a la altura, rompen rayos de luz la sombra oscura y alumbran a Jesús crucificado.

Rasga el silencio un canto de agonía, y, derramando notas a millares, escala el cielo en olas de armonía.

Es suspiro que copia hondos pesares, es todo el corazón de Andalucía, es un pueblo que llora en sus cantares.

Narciso Díaz de Escobar.

Con motivo de la solemnidad del día, y siguiendo la costumbre que tenemos establecida, mañana no se publicará este periódico.



anto Cristo de Gracia, que figura en la procesión del Santo Entierro en Córdoba.

La sepultura de Nuestro Señor

«Y tomaron el cuerpo de Jesús, y lo arrollaron en lienzos con aromas, así como los indios acostumbran sepultar.» San Juan, cap. 19, vers. 40.

La más ligera observación basta para conocer que en todo el linaje humano nunca se encuentra ser alguno que pueda compararse con Jesucristo. Desde su nacimiento hasta su muerte las circunstancias todas que preceden, acompañan, y siguen a toda su vida, son tan insólitas y extraordinarias, que por ellas tan sólo el Redentor de los hombres forma un sólo tipo, un sólo hombre, distinto de todos los demás. Nace en unas condiciones distintas a las condiciones en que los demás mortales nacen. Vive como nadie vive; y muere de tal forma, que su muerte constituye una época sin precedente, y su idéntica continuación. En Jesús todo es especial; todo es suyo, y sólo de Él. Es que Jesús es el único hombre, hijo de Dios por naturaleza. Es el mismo Dios-Hombre, y por tanto, su nacimiento, vida y muerte es la única distinta del nacer, vivir y morir de los demás hombres.

Pero en la presente reflexión sólo nos fijaremos en la sepultura de Jesús; mas concretamente en las circunstancias que rodean el acto de sepultar al Redentor de los hombres. Es indudable que nadie ha muerto como murió Jesús. Sus martirios no tuvieron límite. Aunque hubiera sido el mayor de los criminales, a nadie se le hubiera ocurrido castigar con tanta saña sus crímenes. No es ya el martirio para su persona física, o sensible; no se agolpan y atropellan sus torturas materiales, para lo cual sus mismos jueces y verdugos (según propia confesión), no encuentran mérito. Sino que se le atormenta, cuando está moribundo, en su íntima honra y honor. Pendiente en la Sagrada Cruz, y desnudo impía e inhumanamente, Jesús es insultado y escarnecido. De Él, y a su presencia, se ríen los sacerdotes, se ríen los magistrados, se burla la soldadesca que nada tiene que ver con los asuntos religiosos del pueblo judío; y es objeto de mofa hasta por parte de los compañeros de suplicio, pues uno de aquellos desgraciados, olvidándose de sus personales y atroces torturas, sólo se ocupa en insultar al Redentor. Entre todas las figuras de esta detestable tragedia, solamente Jesús aparece siempre sublime, siempre igual, siempre amoroso, manso, tranquilo, lleno de generosidad. Jesús, mártir de su deber y rodeado de aquellas fieras humanas, pronuncia solamente palabras de perdón. No exhala una queja. Todo es tormento para su Hermosa Persona mientras vive. Pero no hace más que respirar, y en ese mismo momento todo se convierte en la más grande de las glorias.

El cielo se nubla, porque no quiere ser testigo de tan espantoso crimen; el jefe de los soldados golpea su pecho y pide perdón y compasión al ajusticiado; muchos judíos, antes curiosos y desalmados, corren temblando y confiesan a grandes voces el crimen. Pilatos, descompuesto y aterrado en vista de lo que ocurre, recibe de forma altanera y despectiva a los príncipes del sacerdocio judío, que son los mayores culpables, y todos, cada uno a su modo, confiesan la inocencia de Jesús y la enormidad del delito por ellos cometido.

En estos momentos críticos, un hombre perteneciente a las primeras familias de Israel, respetado del pueblo por su posición y notoria fama, que pertenecía al Tribunal supremo del pueblo hebreo (Sanedrín), se presenta a Pilatos, y confesándose pública, oficial y valientemente discípulo de Jesús, pide su Cuerpo destrozado y muerto. Y lo pide para honrarlo, para embalsamarlo con el mayor lujo posible en aquella época y darle sepultura digna y lujosa, y por tanto impropia de un criminal que muere por la acción de la justicia. El acto realizado por José de Arimatea es de lo más extraño que han visto los hombres. En nuestra época, influida por la caridad cristiana, algunas personas piadosas suelen enterrar a los ajusticiados; mas esto, aún cuando lo realizan, es siempre dentro de ciertos límites. Por supuesto, sin mezclarse ni tomar parte en el delito ocasional de la pena. Sin confesarse admiradores del reo y sin la pretensión de honrar su memoria y su cadáver con exequias lujosas permitidas solamente para los que no son ejecutados por mérito a sus delitos. Mas en la época en que murió Jesús no existía esa piadosa costumbre. Todo lo contrario. El cuerpo de un reo era cosa nefanda y execrable. Nadie se permitía, ni pensaba, tocar a él, pues por el hecho de su contacto incurría en infamia, y odio para las personas que se tenían por honradas y de clase. Y más entre los judíos, tan guardadores de sus prácticas higiénico-morales. Pero José de Arimatea, desafiando el desprecio de sus compañeros, los insultos de los sacerdotes, las persecuciones que por su acto pudieran sobrevenirle, pide el cadáver de Jesús y se declara su correo, puesto que el Mártir del Calvario no ha sido acusado más que de sobornar al pueblo con una nueva doctrina. Y he aquí la primera circunstancia que aparece extraña y nunca vista, y que, sin embargo, es cierta, en el acto de sepultar a Jesucristo. Pero no es sólo José de Arimatea, sino que además otro individuo de la misma alcurnia, de igual categoría, y perteneciente al mismo alto tribunal que José, se asocia a este y comparte con él la tarea u oficio de convertirse en sepulturero del Santo Cuerpo de Jesús.

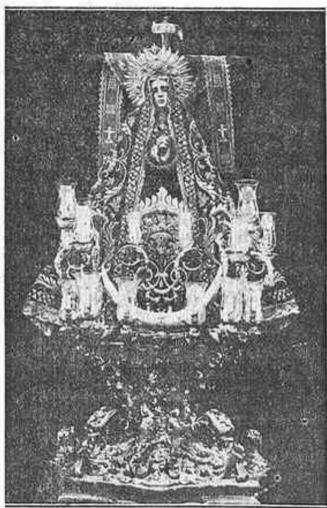
Otra circunstancia no menos admirable y jamás vista es la que se refiere a la

conducta de Pilatos en la petición que se le hace. Es procedente que el Pretor Romano hubiera negado lo que se le solicitaba, y sobre todo porque no había sobre el caso precedente legal ni consuetudinario. Al contrario, los ajusticiados debían sepultarse en un lugar especial y destinado gubernativamente al efecto. Así, que humanamente pensando, tan injusta era la concesión como la sentencia de muerte que pronunció contra Jesús. Y, además, al acceder a lo que se le suplicaba, tenía que desagradar a los acusadores del Mártir y con quienes tan deferente y obligado acababa de mostrarse. Lo lógico era que el Pretor hubiese tenido a su suplicante, si no por un criminal compañero de Jesús, al menos por un loco o un sugestionado. Más no sucede así; al contrario, concede el Divino Cuerpo, y los Santos Varones, provistos de la deseada orden, pasan tranquilos por medio de los sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, quienes al verlos no salen de su estupor y asombro; se encaminan al Gólgota, llegan a la Cruz y se apoderan del Cadáver de Jesús. Y nadie se lo impide.

Provistos de aromas y perfumes; cargados de ricos y blancos lienzos, por ellos costeados, proceden a su piadosa tarea. No la confían a sus siervos, ni criados. Ellos mismos la practican, y penetrados de respeto y amor y tocan con la mayor reverencia el Santo Cuerpo cubierto de sangre, y completamente llagado. Mas antes requieren un auxilio. Auxilio inmenso. Auxilio hermoso. Es el de María. La Virgen Santa, Madre de Jesús. La cual, destrozada por la pena y amargura, se sienta al pie de la Cruz y se dispone a recoger uno por uno los instrumentos de la pasión, y el Cadáver de su Hijo.

Ambos varones le quitan la Corona de juncos punzantes, y la entregan a la Madre. Aquella Corona es la más sólida, la más permanente, la más hermosa. No es de oro. Es la Corona no robada, no heredada, no llena de sangre de pobres soldados. Es la Corona adquirida con la propia vida del Hijo de Dios. Reliquia preciosa que será acatada, honrada y bendecida por todas las generaciones. Corona que está sobre la de todos los reyes terrenales, y que santifica, consuela y da paz y gloria a la tierra y al Cielo. La Virgen Santísima coge esta prenda, la besa, la eleva al Cielo y se dispone a recibir el clavo de la mano derecha, el cual representa las ataduras que Jesucristo pone al Poner de Dios para que no se vuelva terriblemente contra los pecadores. El clavo de la mano izquierda, el cual simboliza la perforación de la Caridad Divina para que se abra en beneficio de los hombres. El clavo de los pies, el cual representa la profundidad y arraigo que deben tener las virtudes cristianas. Y, por último, recibe el Cuerpo Santo. El cual María, ayudada por José de Arimatea y Nicodemo, eleva hacia los altos cielos, y así María y sus piadosos ayudantes son los primeros sacerdotes que levantaron por vez primera la Santa Hostia de expiación. Que es el único precio del rescate humano, y la misma ofrenda condigna que ofrecerse puede a la Justicia de Dios.

Berenguer Ramón.



Virgen de la Soledad, de Cabrera.

EN LA PRESENCIA DE JESÚS CRUCIFICADO

Siempre que a tus plantas llevo no es sólo para rezar, que, abrasado en tu amor luego, este corazón de fuego no sabe más que llorar.

Pero ese lenguaje mudo sé yo que te agrada tanto que ofrecerte no dudo pues lo que el labio no pudo lo sabe decir el llanto.

Que hay un lenguaje escondido dentro de mi corazón que tu gracia lo ha infundido y si yo lo he comprendido misterios del alma son.

É inundada con tu luz al estar en tu presencia y mirarte en esa Cruz ¡jes tan poco, buen Jesús, ofrecerte mi existencia!

Que aunque mil vidas tuviera, capaces todas de amar, y yo te las ofreciera ni un grano en ellas te diera de las arenas del mar.

Que es grande mi pequeñez, tan grande, que me confundo y depongo mi altivez humillándome a la vez ante el Salvador del Mundo.

Rosario Vázquez,
Vda. de Alfaro.



La Virgen de las Angustias.

LA LANZADA DE LONGINO

Ni aun muriendo Jesús vió saciada la sed de sangre de la turba implacable, y el vil Longino con su lanza abrió de aquel pecho la carne macerada.

Ante el drama inmortal quedó nublada la luz del sol que en el espacio ardía, y hasta el augusto seno de María entró el hierro brutal de la lanzada.

¡Detestable sayón! No sé si odiarte por cobarde y ruin, o si alabarte; pues abriendo en Jesús la roja herida, torrente de un amor santo y fecundo, abriste, sin saberlo, para el mundo la fuente inagotable de la vida.

Antonio Ramírez.

PILATOS

La siniestra intervención del Pretor romano en la muerte de Jesús le ha hecho pasar a la historia del más transcendental suceso de la humanidad con el oprobioso estigma de cobarde. Hubiera sido más expresivo y justo el de prudente.

Hay una prudencia, que es la adaptación humilde y sencilla de la vida humana a la voluntad divina en los varios acontecimientos que forman la trama de aquella, y esa prudencia es virtud. Hay otra, que es el interés humano, siempre antepuesto a los intereses sobrenaturales y gobernado por una especie de política seudoespiritual, con apariencias de rectitud, que la hacen más engañosa y falsa, y contra ella levantó su voz con acento de extraordinaria energía el Apóstol San Pablo, en cuyo espíritu había repercutido el eco del Profeta de las grandes visiones: «Yo perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿Acaso Dios no ha declarado necesidad la sabiduría de este mundo?»

La inocencia de Jesús resplandece bien pronto en el tribunal de Pilatos. Llevan allí al Justo el odio y la envidia, que se han concertado en criminal alianza para perderle. Pilatos pudo oír las razones de los acusadores y, convencido de la verdad, debió ponerla al punto bajo la salvaguardia de su autoridad y de su entereza; pero la prudencia humana es enemiga de las resoluciones francas.

Entonces dan principio los procedimientos dilatorios, la política de las concesiones que es donde comienza el calvario de la justicia y de la verdad, así como en la irresolución de Pilatos es donde empieza a perder terreno la causa de Jesús.

Pilatos envía a Jesús al tribunal de Herodes, su enemigo hasta aquel momento. Dos aspectos de la prudencia humana: la causa más justa y más santa puesta por miras egoístas en manos de un hombre corrompido y perverso; un abandono criminal de la inocencia, sacrificada en aquella hora a una amistad acaso provechosa y útil.

Cuando aquel juez ignorante ve de nuevo a Jesús en su presencia y escucha las pérdidas amenazas de los judíos de acusarle al César de olvido de los derechos del poder civil, su vacilación aumenta: el favor del poderoso es siempre garantía de feliz éxito; la enemiga del César pudiera ser su ruina. La prudencia de la carne vive siempre atenta a las inspiraciones de los grandes, como si la razón y el juicio desapasionado fueran atavios, que se alquilan temporalmente en las alturas de las representaciones oficiales.

Pilatos tampoco se acarreará la enemiga de las turbas. Jesús va a morir en la impopularidad por dar testimonio de la verdad ante un pueblo que la ha adulterado: tiene el valor de sus convicciones, diríamos hoy y diríamos del divino Maestro, si no fuera Dios. Pero el aplauso popular, siquiera sea tornadizo, viene a ser la aureola de lo que llamaríamos santidad humana, y tras él corren los prudentes, deslumbrando y atrayendo a las multitudes, no con los esplendores de una palabra siempre verdadera y de una rectitud siempre incontrovertible, como Jesús, sino con el oropel de falsas virtudes.

Pilatos oye hablar de la verdad, más aún a la verdad misma y atropelladamen-

te le vuelve las espaldas. Los prudentes, ante los arranques generosos del espíritu, súbitas iluminaciones de la conciencia, sonrien desdeñosos, como Pilatos ante Jesús, creyéndole un soñador. Los procedimientos son distintos, el resultado es idéntico.

Y ¿cómo acallar a la plebe enfurecida, que pide la sangre del Justo? Pilatos no encuentra realmente en él culpa alguna, no puede entregarlo a la vindicta pública. Ha discurrido, sin embargo, un medio, duro, cruel, pero oportuno, prudente: manda azotar a Jesús, haciendo desgarrar su sacratísimo cuerpo, sin duda para ahogar con aquella carne purísima los alullidos de la fiera, porque exasperarla sería una imprudencia. Todo en vano. La presencia de Jesús, bárbaramente flagelado, es nuevo estímulo a la voltería y encruelcida multitud; será ignominioso baldón para la memoria de un juez prevaricador. Las resoluciones adoptadas a la luz de las conveniencias humanas suelen ser una sangrienta burla de las conveniencias sobrenaturales y eternas. Consentir un momento en la tentación jamás será una habilidad, siempre será el pecado.

La sangre de Jesús cayó como indeleble mancha sobre el nombre de Pilatos. El con sus palabras cubrió de perpetuo escarnio su plan infame, su prudencia, la prudencia humana, que es vil astucia.

El mandó, como compensación de su derrota, poner sobre la cruz una inscripción aparentemente irrisoria, de una gran verdad en el fondo: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Si fuera lícito comparar los sucesos de la vida de un miserable con los hechos portentosos de la vida de nuestro adorable Salvador, habría que requerir a la Historia para que sobre el sepulcro del Pretor romano, como contraste luminoso, grabara esta inscripción aparentemente honrosa, pero una gran irrisión en el fondo: *Pilatos, el Prudente*.

Francisco de P. Velasco,
Presbítero.

DOLOROSA

¿Dónde vas tan entutada,
Virgen y Madre María,
que bajo la luz del día
pareces sombra olvidada?

¿Dónde vas que con quebranto
bajas tu frente gloriosa,
mientras la divina rosa
de tu faz se baña en llanto?

Ya Jesús el Redentor
en la cruz clavado queda;
ya no hay bálsamo que pueda
curar tu acerbo dolor.

Yo lo ví crucificado
cuando a la cumbre subía;
pálido el rostro tenía
y el cabello desgreñado.

Aún me parece que miro
con pena sus ojos muertos
y sus labios entreabiertos
como exhalando un suspiro.

No quieras ¡oh Madre santa!
aumentar tu pesadumbre
llegando hasta aquella cumbre
donde la cruz se levanta.

Pues si yo que llevé sano
mi corazón, cuando fui
hacia el monte donde vi
muerto al Salvador humano,

lo traigo de padecer
en mil pedazos partido,
Tú, que lo llevas herido
¿cómo lo vas a traer?

Francisco Arévalo.

EL DIVINO EJEMPLO

¿De qué sirvió, Jesús el sacrificio
que amante hiciste al entregar tu vida,
si los hombres en lucha fratricida
hacen del odio punzador silencio?

¿De qué sirvió que en criminal suplicio
expiraras, Jesús, si enardecida
la humanidad traidora y fementida
más se encanega en la maldad y el vicio?

Pero no... que aún se ven imitadores
de tu ejemplo de amor... pues de dolores
hay mil seres que marchan agobiados,
y del odio y la envidia a los rigores
expiran, cual modernos redentores,
en la cruz del deber crucificados.

Antonio Morilla de la Torre.

El Viernes Santo en Jerusalén

Las augustas ceremonias con que la Iglesia Católica conmemora en estos días la muerte del Divino Redentor de los hombres, impresionan dulcemente el alma de fe, la considere y medite.

Y, si esto ocurre aquí, en nuestros templos, tan distanciados de los lugares donde el Salvador pasó y murió ¿qué sucederá allí, en los mismos sitios donde se desarrollaron los sangrientos sucesos que valieron el rescate de la humanidad? Por eso, de todas las poblaciones cristianas parten en los días próximos a Semana Santa numerosas peregrinaciones que procuran hallarse el día de hoy en Jerusalén, para asistir al Vía Crucis y a la sepultura de Jesús.

A la una de la tarde organizase la procesión en la iglesia de los PP. Franciscanos, custodios de Tierra Santa, de donde sale a esa hora para estar a las siete ante el Santo Sepulcro.

Precede la cruz patriarcal; van luego los niños de coro revestidos de ropones encarnados y sobrepellices; después la imagen de Jesucristo Crucificado; los religiosos, el patriarca de Jerusalén (revestido con ornamentos pontificales de terciopelo negro con el escudo de España bordado en ellos, por ser regalo que nuestros Reyes hicieron en 1819), y cierran la comitiva los frailes y fieles extranjeros y del país.

La procesión recorre los lugares mismos donde acaecieron los sucesos de la Pasión, que se conmemoran. «En las estaciones del Vía-Crucis—dice el señor Obispo de Plasencia en su obra «Tierra Santa»—no hay capillas ni altares, ni siquiera un bajo relieve que represente los pasos en ellas ocurridos, sino unas sencillas iniciales y números que las indican, grabados en los viejos muros de la calle.» A las siete ya está la procesión en el templo del Santo Sepulcro.

Colocan el Crucifijo en el lugar mismo donde se alzó la Cruz del Redentor; dos religiosos, provistos de escaleras, acercan a la sagrada imagen; suben, y en tanto que uno pasa una banda por debajo de los brazos de Cristo, otro quitale devotamente la corona de espinas. Deseguida le desclavan las manos y los pies, y el cuerpo de Jesús es colocado sobre un paño mortuorio. La procesión se pone de nuevo en movimiento. Cuatro religiosos llevan la imagen del Señor de la misma manera que se lleva un muerto al sepulcro. Sigúeles otro con la corona de espinas y los clavos, sobre una bandeja de plata. Todos se encaminan a la capilla donde se halla la Piedra de la Unción. El mármol ha sido cubierto con un finísimo lienzo, y en los cuatro ángulos hay vasos donde se queman perfumes. Los religiosos que conducen el cuerpo de Jesús lo depositan sobre la piedra, lo envuelven en el lienzo y le recuestan la cabeza en un cojín ricamente bordado en oro.

El patriarca avanza, incienso la imagen y la rocia con esencia de rosas, en tanto que los cantores entonan las sentidas estrofas del Stabat Mater. Un franciscano sube luego sobre el zócalo de uno de los pilares de la capilla y hace a los concurrentes algunas reflexiones sobre la muerte de Nuestro Señor.



Imagen del Nazareno, de Priego.

Una vez que el sermón termina, la procesión da algunas vueltas en torno del sepulcro y se deposita en él el cuerpo de Jesucristo.

Tal es, en resumen, la imponente ceremonia que cada año y en el día del Viernes Santo celebran en Jerusalén nuestros compatriotas, los frailes franciscanos custodios de Tierra Santa.

¡Lástima grande que, por tener todas las sectas disidentes capillas propias dentro de la basílica, a lo majestuoso y patético del culto católico, sucedan, o las frías e inexpressivas ceremonias del protestantismo o las sacrílegas orgías de los cismáticos!

Recuérdese lo ocurrido en 1834, con ocasión de celebrar los cismáticos griegos lo que ellos llaman el «fuego sagrado», ceremonia carnavalesca durante cesaradas por cuantos extranjeros la han presenciado.

Numerosos peregrinos cismáticos de Grecia, Asia Menor, Armenia, Egipto y Rusia se habían congregado en la basílica desde la tarde del viernes, provistos de comestibles y, muy abundantemente, de bebidas espirituosas. Pasaron la noche en

tre libaciones, cánticos profanos y danzas sacrilegas. A la una de la tarde del sábado ni uno solo de los asistentes estaba en su juicio. Cuando el patriarca cismático encendió el «fuego sagrado», aquella ma- encendida humana, alcoholizada, frenética y loca, se precipitó, dando aullidos salvajes, ha- se precipitó, en el que cada cual pretendía encender la vela que a prevención lleva- ba; quisieron los soldados turcos poner or- den, y al verse desatados, cargaron a la sablazos sobre aquellos energúmenos; la sangre corrió y trescientos muertos fueron recogidos de sobre el pavimento.

Y es que en tanto que los ritos de las sectas son ceremonias vacuas y sin senti- do alguno, los de la Iglesia católica há- llanse animados por el divino espíritu de su Fundador.

Enrique Cerrillo.

Los sueños de la mujer de Pilato

Se levantó llorosa. Ante sus ojos, abiertos o cerrados, siempre brilla, como una maldición, la pesadilla que la atormenta con sus tintes rojos.

Ha soñado... Y están claros y fijos del sueño los detalles en su mente: «La sangre de Jesús que es inocente, gota a gota caerá sobre sus hijos!»

Corre hacia el tribunal, y acogojada cuenta a Pilato el sueño y sus temores; y temblando allí escuchan los rumores de la chusma en la calle amotinada.

Quiere Pilato, viendo la inocencia del Redentor, librarle de la muerte; crece el tumulto airado, y es más fuerte el miedo que la voz de su conciencia.

Y pensando tan sólo en su egoísmo, alejar el deber de sí procura, y no comprende, ciego, en su locura, que el hombre y el deber son uno mismo.

«¡Jesús o Barrabás! Es la costumbre soltar a un malhechor», grita Pilato, «¿cual suelto?» «¡A Barrabás!» con arrebató clamó a oído la necia muchedumbre.

«¡Crucifícale!» dicen. Y se aumenta con nuevas voces el feroz tumulto, y pasan, a los hechos, del insulto, relámpagos, no más, de la tormenta.

«¡Burlas, mofas, azotes inhumanos! Es ya el pueblo huracán impetuoso. Y el juez, de lo ocurrido pesaroso, si la conciencia no, lavó sus manos.

«¡Quiso lavarse el alma...! pues no acierta a sospechar en el primer momento, que el deber no cumplido es un tormento que eternamente sigue al que deserta.

Cuando la esposa, que esperaba amante, vio aparecer a su señor y dueño, aunque pálido aún, pero risueño, el placer se extendió por su semblante.

Mas al mirar sus manos, por las venas siente el hielo correr; un repentino terror la paraliza, y «¡asesinos!» grita viendo las dos de sangre llenas.

Pilato, a su mujer no comprendía, pero, al notar su horror, pánico siente... Y ella casi le arrastra hasta una fuente que del palacio en el jardín corría.

Y furiosa, las manos se lavaba, y, enloquecida al fin, sus ojos vieron, que las aguas de rojo se tiñeron, pues de ellas sangre sin cesar manaba.

En su locura y ciego desvarío, le conduce de un río hasta la orilla y, trocada en verdad la pesadilla, vio roja toda el agua de aquel río.

Da un grito, alza los ojos, y se arroja, sintiendo el corazón roto en pedazos y horrorizada, de su esposo en brazos, pues la tierra también estaba roja!

Y comprende Pilato, pero tarde, sobrecogido por terror profundo, que hay casos y ocasiones en el mundo en que el crimen mayor es ser cobarde.

Benigno Iñiguez.

Muerte de Jesucristo

Al Ilmo. Sr. D. Francisco de P. Parés, dignísimo Secretario del Obispo.

Dió una gran voz; ¡ah! Jamás se había oído otra ni tan sonora, ni tan aterradora, diciendo: Todo está ya terminado: *Consummatum est*. En efecto; por parte de Dios, por el lado de la misericordia, nada faltaba; por el lado de la malicia, por parte del hombre, tampoco: las dos paralelas habían llegado a su término. Esta voz arrojó sobre la masa solar no sé qué licor poderoso, y como una gran cantidad de agua cayendo sobre el fuego le apaga, completamente le extinguió, le quitó, como si fuese un soplo, toda la luz; el mundo quedó a oscuras; cual brillan a media noche las estrellas, brillaron a aquella hora, las tres de la tarde. La voz última de Jesucristo hizo estremecer como una fuerte detonación, no el monte solo, no la próxima ciudad, sino la tierra, el universo, causando un espanto general; los hombres creyeron que se desplomaba nuestro planeta, faltándole el equilibrio, o que el sistema planetario, el mundo sideral, experimentaba una revolución. Hoy, decíanse los unos a los otros, es el fin del mundo.

Tras la voz, Jesucristo espiró; su alma santísima habiase separado de su sacratísimo cuerpo como verdadero hombre, no la divinidad. El gran Pan ha muerto, dijo en la isla de Paros una voz invisible a un buque que bogaba de Egipto a Italia. En aquel instante se cumplió el dicho del Profeta: Dios ha obrado nuestra salud en Jerusalén, en el centro de la tierra. Fijemos en Jesucristo crucificado nuestra mirada. Observemos su aptitud, su postura... En él todo es digno de atención.

Reparemos. Tiene la espalda vuelta a Jerusalén, a Oriente; consiguientemente, su rostro hacia Occidente. ¿Sería casualidad? No, no; misterio. Hasta entonces, la predilección divina y el templo de su glo-



Ecce-Homo, cuadro de Crossi.

ria estaban en el Oriente. El Oeste, en lo antiguo, era el punto maldito de los cuatro puntos cardinales. En el Norte estaba la morada de los dioses. El Oriente, a la izquierda, el lado favorable. El Sud delante; y a la derecha, la región espantosa de las sombras, el Occidente. Esta era la opinión de los antiguos acerca del mundo. Conforme a ella, las ciudades tenían tres puertas: al Norte, al Este y al Sud, con otros tantos santuarios con sus divinidades protectoras. El Oeste, el maldito Occidente, tenía una puerta funesta, la puerta por donde pasaban únicamente los malhechores y los cadáveres para ir a la región oscura de los Manes. Otro tanto, lo mismo, había en Jerusalén; y por eso el Calvario estaba a Poniente. En el día de la muerte de Jesús, todo cambió. La misericordia mira al buen ladrón, a Dimas, colocado a la derecha, la parte, en concepto del mundo, mala, desgraciada; y la mirada de Jesucristo moribundo, cae como una bendición sobre el Occidente, en donde nosotros estamos. ¡Oh, feliz augurio! Jesús, que al morir nos mira, es Jesús que nos elige, nos abraza, no temporalmente como a su antiguo pueblo, sino para siempre, para siempre.

Bienaventurada Europa con tu Roma. ¡Oh! Sobre la Iglesia romana, siempre estará la mirada amorosa de Jesucristo en su Esposa tierna y fiel.

Jesucristo murió... pero ¿cómo! No como el hijo de Sofroniseo; así mueren los estoicos. Murió, no como el hijo de Isaac; así mueren los justos. Murió, no como el hijo de Matatías; así mueren los guerreros cristianos. Murió, no como un hombre esforzado, ni como un santo, ni como un cobarde, ni como un arrogante; así murieron Catón y Saúl. Jesucristo murió dando señales ciertas de ser hombre y de ser Dios. Nadie ha muerto como él.

Murió mientras se ofrecía en el templo el sacrificio vespertino, entre torbellinos espirales de incienso.

El día de la muerte de Jesucristo, entre los judíos era día de grandes recuerdos, misterioso, notable en el Talmud por todos los rabinos y escritores de su nación. En efecto; en igual día en que Jesucristo murió, sexto de la semana, Dios criara a Adán, el primer hombre, y había muerto el mismo Adán. En viernes, día de la muerte del Redentor, se cree que Abel fué asesinado por Caín. Y Dios hiciera alianza con Abraham e impuesto a su raza la circuncisión. Y Sara le fué devuelta. Y tuvo lugar la primera plaga de Egipto. Y los tres ángeles le prometieron un hijo. Y en aquel mismo día, al año siguiente, nació Isaac. Y en viernes fué cuando subió al monte dispuesto a sacrificarle. Y alcanzó la victoria sobre los tres reyes.

En viernes Sodoma fué destruida; libertado Lot; Melquisedec ofreció el pan y el vino. Y Esaú vendió a Jacob el derecho de su primogenitura. E Isaac bendijo a Jacob. Y Ruth llegó a Belem con Nehemias. Y Gedeón derrotó a los Madianitas. Y el ángel derrotó la armada de Sennacherib. Y Esther halló gracia con su señor, libertando al pueblo de Israel de las calamidades que le amenazaban.

También los talmudistas y rabinos dicen haber salido ilesos del Horno de Babilonia los tres niños Ananias, Misraél y Azarías; y del lago de los Leones, Daniel, en viernes.

¡Oh día memorable! ¡Oh viernes! ¡Tú viste nacer y morir a Jesucristo! ¡Tú presenciaste la pérdida del género humano y tú presenciaste la rehabilitación de la raza proscrita! Hasta los mahometanos te veneran: para estos es lo que para los judíos el sábado: una de sus creencias es que la Resurrección y el juicio final tendrán lugar en viernes. ¡Qué mucho que para nosotros los católicos sea día de la mayor y más profunda veneración!

Prodigios obrados en el día de la muerte de Jesucristo: Fenómenos nunca vistos en el mundo sideral. Revolución espantosa en el globo terráqueo o en nuestro planeta. En el mundo moral, cambios inesperados.

El eclipse ocurrido no fué natural. Imposible es en el plenilunio o luna llena; jamás puede suceder ni en aquella hora ni universal.

El terremoto tan espantoso, general,

chocó a los sabios; uno exclamó: «O se descompone el mundo, o el autor de la naturaleza padece». Del eclipse hablan Plinio, Apolónios, Sauley. La montaña del Calvario estremecióse de tal modo, que se rajó, se abrió en dos partes.

La gran hendidura ha sido escrupulosamente examinada por la ciencia, la geología, y ha tenido que confesar... Oigamos a Addison, geólogo inglés, competente en la materia:

«Tiene la abertura un metro 60 centímetros; es de Este a Oeste; su mayor anchura, 25 centímetros. La prueba de que la quebradura no es una vena natural que hubiese entre dos capas paralelas de la roca, es de que, según la ley de los cuerpos que se parten con violencia, es en dirección vertical, y la anchura de la quiebra va disminuyendo de alto abajo. Si se pudieran unir las dos partes separadas, se juntarían perfectamente, correspondiendo los ángulos salientes a los entrantes. La roca está dividida transversalmente, cruzando las venas de un modo extraño y sobrenatural. Es un testimonio lapidario.»

Estos fenómenos nunca se habían visto, estas revoluciones nunca se habían experimentado, estos trastornos jamás se habían sentido en la naturaleza; lo que sí se vio entonces como ahora, que más sensibles fueron los seres insensibles, que el hombre, objeto y causa de la redención; lloremos nuestro endurecimiento, volvamos nuestros ojos a la cruz, adoremos a Jesucristo, al que dedicaremos todos los viernes del año, en los que con gran veneración meditemos su sagrada pasión y muerte, por las que fuimos rescatadas y la que salvó al mundo.

Lic. Serafín López Alcalá,
Coadjutor de Iznájar.



Imagen de Jesucristo atado a la columna, de Puente Genil.

PROCESIÓN

Entre la escolta de romanos avanza el *paso*, todo luz; el sol refulge esplendoroso, en los bruidos de la Cruz.

Muévese, lento, el haz de lanzas junto al Divino Redentor, obedeciendo a los redobles imperativos del tambor.

Jesús recorre, dolorido, las anchas calles del lugar; lleva en desorden los cabellos y el rostro indica su pesar.

Miradlo por donde viene el que el cielo nos abrió enemigo de los sayones como si fuera un ladrón.

La Dolorosa se aproxima; el pueblo reza con piedad ante la Virgen Sacrosanta en su angustiosa Soledad.

El regio manto de la Imagen es un girón del cielo azul donde fulguraban los brillantes entre las nubes de oro y tul.

Rasgan el aire las saetas, arde en los pechos el fervor y todos marchan lentamente, junto a la Madre del Dolor.

Dios te salve, Virgen triste, Dios te salve, Virgen pura, que eres Madre de la gracia y Madre de la Amargura.

En el balcón ya no está ella; en el lugar ya no estoy yo; a mí la suerte me ha expatriado; a ella la muerte se llevó.

¡Oh Dolorosa Virgen Santa Emperatriz del cielo azul; guarda su alma candorosa bajo tu manto de oro y tul!

¡Oh Padre mío Nazareno que por amor vas a morir; dame un asilo en el camino donde se acabe mi sufrir!

Entre la escolta de romanos avanza el *paso* todo luz; el sol refulge, esplendoroso, en los bruidos de la Cruz.

La Dolorosa se aproxima; el pueblo reza con piedad ante la Virgen Sacrosanta en su angustiosa Soledad.

¡Visión sublime de otros días que entre las sombras se perdió! ¡En el balcón ya no está ella! ¡En el lugar ya no estoy yo!

Antonio Arévalo.

EL CRUCIFIXO

Hoy en las altas torres del templo cristiano no suena la voz «grave y amorosa que convoca al pueblo»: enmudecieron las campanas, y la Iglesia, en su dolor, ni alientos tiene para pedir consuelos a sus hijos.

Abiertas están las puertas del sagrado recinto; pero todo allí es luto, tristeza, abandono revelador de una intensa e imponderable amargura.

Velados los altos policromos ventanales, no penetra vívida y fulgurante la luz del día, y la penumbra melancólica desdibuja los primores del cincel sobre la granítica masa de la soberbia fábrica, como amasando el rico follaje de frisos y capiteles, haciendo perder las gallardas líneas a nervios y rosetones de las majestuosas bóvedas, y esbeltez y gracias a los haces de columnas, como troncos petrificados de árboles gigantescos y robustos.

No brillan las antorchas, ni el grato incienso perfuma las amplias naves, ni el órgano tiene ya notas «que en raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes, alzan a un tiempo sus voces para dar testimonio de Cristo».

Los altares, denudados: fúnebres colgaduras ocultan aquellos milagros del arte que en retablos y estatuaría, en objetos del culto, acertaron a reflejar lo siempre bello, trabajando la naturaleza inanimada en lo más noble y santuoso. ¡Hasta la inmolación de la Víctima divina hase suspendido en este gran día de tan grande dolor! No se ofrece a nuestra vista sino el Crucifijo, allí, sobre el altar, sirviéndole de fondo una negra cortina, sin otro adorno que las amarillas velas, que más parecen puestas para llorar, derritiendo sus propias carnes, que para alumbrar aquella imagen doliente en el más espantoso y bárbaro tormento.

¡Es el Crucifijo! ¡Es la Cruz que lleva en relieve o de bulto la imagen de Jesucristo crucificado! ¡Es el primero y principal objeto de la devoción de los cristianos, de los católicos! En la vergüenza de aquel sagrado Cuerpo desnudo, llagado y desgarrado por azotes, espinas, clavos y lanza, hasta quedar exangüe y muerto, están nuestras culpas redimidas y la liberación de nuestras almas. En aquellos mortales despojos, la victoria sobre los trabajos y adversidades de la vida y sobre la muerte misma.

Muerto el Señor, clavado en el madero, sin ver ya sus ojos ni mover sus labios, nos habla el Crucifijo con la elocuencia de las obras, «todo está consumado», de mayor elocuencia que la palabra más elocuente: «confiad, yo he vencido al mundo», nos dice, y ¡ay! desgraciado del que no lo oiga, del que no lo entienda, del que no lo confíe!

Tiempos ha habido en que temerosas borrascas se han desencadenado contra la Iglesia de Cristo, en las cuales parecía estar próxima a desaparecer: paganismos y judaísmo unidos en consorcio abominable; cismas y herejías sin cuento, los poderosos

de la tierra y una falsa ciencia al servicio de la política maquiavélica, se han conjurado mil y mil veces contra ella; pero todo esto no ha hecho más que multiplicar sus laureles, extender el radio de su acción benéfica y hacer más brillante su triunfo.

¡Confíemos! Y hoy más que nunca, porque hoy todo desaparece ante el Crucifijo, nada hay hoy dentro ni fuera del templo sino Cristo crucificado. ¡Y Cristo en la Cruz venció al mundo! ¡Pues hoy una vez más y más firmemente y para siempre, resolvámonos a ser fieles a Cristo poniendo en Cristo toda nuestra confianza, siguiendo el «Via crucis» que sea de su voluntad y aun siendo crucificados y crucificados muertos, pues de la muerte resucitan los cristianos, y sobre el mundo está decretado el triunfo de los cristianos! Ya lo dice el Apóstol: Vosotros, cristianos, estáis muertos para el mundo, pero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; mas cuando aparezca Jesucristo, vuestra vida, apareceréis también vosotros con El en su gloria.

Día es hoy de duelo, día de lágrimas, día de dolores... ¡pero confíemos! Que todo consumado, ya no quedan ni dolores, ni lágrimas, ni duelo, sino Cristo, la gloria de Cristo que nos conquistó en la Cruz muriendo como hombre, resucitando como Dios, dominando como Señor, para honra y gloria divina y salud eterna de los hombres.

Bonifacio

CRISTO MUERE

¡Señor que al conjuro del *fiat* potente pudiste la nada fecunda tornar...! ¡Oh Dios cuyas leyes acata obediente el orbe y el cielo, la tierra y el mar...! ¿Cómo es que te miro, llagado, expirante, clavadas tus manos y pies a una cruz, expuesto a la mofa de un pueblo ignorante y veo tus ojos cerrarse a la luz...? ¡Señor de la vida! ¡Dios eterno y fuerte! ¿tiene, pues, la muerte poder sobre tí...? ¡Triunfa del potente Dios del Sinaí...? ¡No: nunca, alma mía! Sangriento e inerte Jesús Redentor, no es signo de duelo; no es triunfo de muerte... ¡Es triunfo glorioso de vida y de amor!

Francisco Alvarez Yuste.

Sección Religiosa

- Santo de hoy.**—San Ezequiel, profeta.—Mañana.
- San León el Magno, papa y doctor.
- San Nicolás.—Mañana, a las cinco y media de la tarde, empezará la solemne novena a San Francisco de Paula, en la que predicará todos los días don Bernardo Bacicúa Turiso.
- Santa Marina.—El domingo, a las diez, habrá en esta parroquial fiesta solemne con sermón, que predicará el Lic. D. José Galán y Mora, verificándose después la procesión del Resucitado.
- En la Catedral.—Mañana, a las ocho y media, se celebrarán los Divinos Oficios del día. Angélica cantará por don Fernando Rodríguez Martín. A las diez, Misa en «sol mayor», a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, por el señor Gómez Navarro. Laudate Dominum, a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, del mismo maestro. Magnificat, a cuatro voces y órgano, del maestro Soriano. Fuertes. En los Oficios de este día se hará la bendición de pías.
- Divinos Oficios para el Sábado Santo.
- En la parroquial de San Francisco, a las ocho y media de la mañana.
 - En la de San Lorenzo, a las siete.
 - En la de San Miguel, a las siete.
 - En la del Salvador, a las ocho y media.
 - En la de San Juan, a las ocho.
 - En la de San Pedro, a las ocho.
 - En la de Santa Marina, a las ocho.
 - En la de San Nicolás, a las ocho y media.
 - En la de San Andrés, a las siete.
 - En la de Santiago, a las ocho.
 - En la de San José (Campo de la Verdad), a las siete.
 - En la Real colegiata de San Hipólito, a las siete.
 - En la iglesia del Santo Angel Custodio (Capuchinos), a las ocho, Oficios, Misa cantada y procesión claustral con el Santísimo. Después de la Misa se dará la sagrada comunión a las personas que lo deseen.
 - En la iglesia de San Cayetano, a las siete.
 - En la de San Pablo, a las siete.
 - En la de San Agustín, a las ocho.
 - En la de los Padres de Gracia, a las ocho, y a continuación Misa solemne.
 - En la de los Salesianos, a las siete y media.
 - En la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, a las seis y media.
 - En la de Ntra. Sra. de la Piedad, a las seis y media.
 - En el convento de Santa Marta, a las siete.
 - En el de Santa Isabel de los Angeles, a las seis y media.
 - En el de Santa Cruz, a las seis.
 - En el del Cister, a las siete.
 - En el de Capuchinas, a las siete.
 - En el de Corpus Christi, a las seis y media.
 - En el de Santa Ana, a las seis y media.
 - En el de la Encarnación, a las cinco y media.
 - En la capilla de las Hijas de María Inmaculada (Servicio doméstico, José Rey, 18), a las seis y media.



Jesús con la Cruz acuestas.

LA MUTUAL LATINA

Domicilio social: GRAN CAPITAN, 25. - CORDOBA

CAJA DE AHORROS Y DE PREVISION Y SOCIEDAD DE SEGUROS MUTUOS SOBRE LA VIDA
DE FORMA TONTINA CON EMPRESA "GESTORA DE LA MUTUAL LATINA,"

Autorizada legalmente el 4 de Abril de 1906 y constituida por escritura pública ante el Notario de Córdoba D. Alberto de Torres e Illescas en 19 de Abril del mismo año

Funciona bajo la inspección directa del Estado

conforme a la Ley de 14 de Mayo de 1908 y Reglamento dictado para su ejecución

Consejo de Administración.

Presidente... D. Carlos Quero y Goldoni, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y Propietario.
Vicepresidente... D. Manuel Enriquez Barrios, Doctor en Derecho y Propietario.
Secretario... D. Fernando Quero y Goldoni, Ingeniero de Montes y Propietario.
Vocal... D. Francisco Luque Salas, Propietario.
Consejero-Delegado. Hlmo. Sr. D. Manuel González López, Médico y ex-Presidente de la Diputación Provincial de Córdoba.

Consejo Regional para Cataluña y Baleares

Presidente... D. José Pons y Arola, Consejero del Ferrocarril de Manresa a Berga, del Sindicato Nacional de Maquinaria Agrícola, Consejero Director de la Caja de Ahorro, Fabricante y propietario.
Vicepresidente. D. Emilio Monteys y Serra, Presidente de la Sección de Fabricantes de Estampados, Fabricante y propietario.
Vocal... D. Alberto Lleó y Morera, Presidente de la Sociedad Crédito Agrícola Catalán, Director Gerente del Ferrocarril de Manresa a Berga, Doctor en Medicina y Propietario.

Junta Censora de la Sociedad.

Presidente... M. I. Fr. Dr. D. Juan Eusebio Seco de Herrera, Canónigo Magistral de la Catedral de Córdoba.
Vicepresidente... D. José Carlos Ortiz y González.
Secretario... D. José Ivernón Llamas.
Vocales... D. Antonio Conrotte y Barbero y don Patricio García Martínez.

DIRECTOR GENERAL: Don Manuel Gutiérrez Fernández

DELEGACIONES REGIONALES

Cataluña y Baleares. — Director regional: Don Aureliano Martínez y Martínez de Castilla, Plaza de Cataluña, 13. — Barcelona.

Alicante } Plaza de Canalejas, núm. 2.
Valencia } Don José Linares Maestre Pi y Margall, núm. 39.
Albacete }
Cáceres y Badajoz. — Don José Moreno García, C. Piñero, núm. 8. — Mérida.
Cádiz. — Don José Sahagún de Rivas, Isaac Peral, 16.
Ciudad-Real. — Don Martirio M. Martínez, Doctor Ambroz, núm. 2. — Valdepeñas.
Calicia. — Don José Cedrón Gómez, calle Real, 115. — El Ferrol.
Granada. — Don Francisco Marín Rubio, San Miguel Alta, 6.

Huelva. — Don Emilio Cano, Concepción, núm. 18
Zaragoza }
Huesca } Don Luis Santos Oñoro, Alfonso I, núm. 19. — Zaragoza.
Teruel }
Jaén. — Don Manuel Villar Gómez, Maestra Baja, 79.
Madrid. — Don Francisco Huerta Calopa, Alcalá, 111.
Málaga. — Don Antonio Martos de la Fuente, Torrijos, 38.
Sevilla. — Don Eufemio Rodríguez, Alameda, 27.

AGENCIAS RECAUDATORIAS

Con ejercicio actualmente en Capitales, Cabezas de partido y pueblos de España 650

Art. 93 del Reglamento para ejecución de la Ley

Las Sociedades de esta índole se obligan a presentar a la Comisaría General de Seguros, dentro del mes siguiente a la terminación de cada trimestre, los datos y estados que siguen:

Sumas en fin del trimestre anterior del número de socios y de los capitales ó cuotas suscritas por ellos.

Relación numérica de socios nuevamente adheridos ó ingresados durante el último trimestre.

Relación de las bajas ocurridas en el último trimestre, explicando el motivo de cada baja.

Importe de las cuotas cobradas a los asociados durante el último trimestre.

Cantidades cobradas durante el trimestre por intereses de valores pertenecientes a la Asociación.

Cantidades ingresadas en el Banco de España a nombre de la Asociación y a disposición de su Junta directiva ó entidad que la represente.

Relación de las cantidades tomadas de la misma cuenta durante el último trimestre, indicando las fechas en que se hicieron efectivos los talones.

Relación de las sumas invertidas en valores durante el último trimestre conforme a los Estatutos y a lo preceptuado en la ley y en el Reglamento.

Esta relación expresará la clase de valores y numeración de los títulos, y con ella deberán presentarse las pólizas de los Agentes que intervinieron en las adquisiciones y los resguardos del depósito en el Banco de España, acompañados éstos de copia. Verificada la compulsión, en el acto se devolverán los originales.

Arts. de los Estatutos de la Sociedad

Junta Censora de LA MUTUAL LATINA

Art. 86. La Junta general ordinaria nombrará una comisión censora, compuesta de cinco suscriptores por un periodo de cinco años renovable por quinta parte anualmente, pudiendo ser reelegibles los salientes, cuya Junta Censora comprueba el empleo de fondos ó intereses que deben ser convertidos en valores, y los depósitos en el Banco de España; las prórrogas de pagos, caducidades concedidas ó aplicadas, reducciones y rehabilitaciones de pólizas decretadas de cada Asociación.

Esta Junta Censora elegirá de su seno un Presidente, un Vicepresidente y un Secretario sustituyendo el segundo al primero en caso de ausencia, y se reunirá cuantas veces le estime necesario, asistiendo a las deliberaciones el Director General con voz consultiva, y en el domicilio social.

Art. 74. Los miembros del Consejo de Administración, los de la Junta Censora y el Director General, asumen las responsabilidades derivadas en cuanto se refiera a su gestión y a la observancia de los preceptos estatutarios y de Juntas generales.

Fianzas depositadas

para responder de su gestión, conforme a la Ley de 14 de Mayo de 1908

ASOCIACIONES	Número de resguardos	Número de Títulos	VALOR NOMINAL Pesetas	VALOR EFECTIVO Pesetas
De 1906, 1907 y 1908.	134	5	90.000	75.242'50
De 1909.....	138	8	28.600	25.048'60
De 1910.....	141 y 142	9	30.200	25.542'70
De 1911.....	144	7	30.100	25.623'75
De 1912.....	151	6	29.500	25.125'75
De 1913.....	221	2	30.000	25.225'00
De 1914.....	335 y 336	6	31.300	25.047'30
Total.....	9	43	269.700	226.855'60

OBJETO DE LA SOCIEDAD

LA MUTUAL LATINA, aplicando a sus Asociaciones los principios de la mutualidad, crea un capital a cada uno de sus socios y reintegra, a los herederos ó beneficiarios de los asociados fallecidos y adheridos a la Asociación de Contraseguro, anualmente, una cantidad que puede ser mayor que el importe de las cuotas que tuviesen pagadas.

LA MUTUAL LATINA proporciona a sus socios las siguientes ventajas:

- 1.ª Facilidad para crearse un capital ó una dote para los hijos.
- 2.ª Seguridad de obtener con un pequeño ahorro la mayor suma de beneficios.
- 3.ª Facilidades en el pago de cuotas, en caso de enfermedad ó falta de trabajo.
- 4.ª Reducción de póliza a partir del tercer año.

CUOTAS DE SUSCRIPCION DESDE UNA PESETA AL MES

Las cuotas pagadas por los socios se convierten en títulos del Estado Español, que se entregan al Banco de España en calidad de depósitos necesarios, a nombre de la Asociación correspondiente, cuyos depósitos no pueden retirarse sin la autorización de la Comisaría General de Seguros y la Junta Consultiva, y mediante una Real Orden del Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

Todos los socios tienen derecho, en cualquier momento, de comprobar por sí mismos la inversión de las cuotas de su Asociación.

La marcha y funcionamiento de LA MUTUAL LATINA está directamente vigilada é intervenida por su Consejo de Administración y por sus propios socios, inspección directa del Estado por medio de la Comisaría General de Seguros conforme a lo dispuesto por la Ley de Seguros de 14 de Mayo de 1908 y Reglamento dictado para su ejecución.

SITUACION DE LA SOCIEDAD en 31 Diciembre 1913, 34.819 suscriptores. 34.115³ partes suscritas. Pts. 20.468.160 capital suscrito.